

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año IV



17 de enero de 1891



Núm. 168



ENTRE MAMÁ Y LA ABUELITA

UN RATO DE CHARLA

MUCHO me alegraría de que hubieseis leído, todos los que me honráis con pasar los ojos por estas revistillas, el artículo que con el epígrafe de *El Emperador y el Ministro* publicó no há mucho *El Imparcial*.

Pocas veces me ha sido dado saborear una sátira más fina y motivada de lo que sucede en nuestros Institutos de segunda enseñanza. Por si acaso hubiese entre mis lectores alguien que no conozca dicho trabajo, me permitirá dar una ligera idea del mismo, con perdón de los que no han de menester que se lo cuente yo.

Figura, pues, que el señor ministro de Fomento actual (creo que es un señor abogado llamado D. Santos Isasa) recibe la visita de un joven alemán que se ha venido por esta tierra de garbanzos á estudiar la organización de la *filosofía*, el cual joven alemán no es otro que el emperador Guillermo.

El antiguo alumno de Cassel se entera con satisfacción de que no se enseñe ya griego (á pesar de que el picarillo entiende perfectamente la lengua de Sófoeles y Platón); oye con extrañeza que no se dé importancia al latín; dicele el ministro que de matemáticas se sabe apenas una miajita, estando todo el toque en no salir suspenso de los exámenes; figúrase entonces el emperador que la base de los estudios está constituida por la geografía y la historia, aunque no tarda en desengañarle el señor D. Santos; se entera de que la física, la química y la historia natural se aprenden, digámoslo así, para salir del paso, y que, en suma, lo que constituye nuestra característica está en la enseñanza de la agricultura científica, institución *catedrática* que nos envidian las naciones extranjeras: con lo cual dicho está que el Emperador se retira tan *satisfactorio* como el general de marras, admirando la organización piramidal de nuestros Institutos, que son á la vez *Gimnasios clásicos*, *Escuelas reales*, sin bifurcaciones ni guarda-agujas, ni *especializaciones* de esas que no les dejan conciliar el sueño á los educacionistas extranjeros.

El artículo de *El Imparcial* hace reir con amarga risa, porque es la expresión de la verdad. El cuadro que ofrece nuestra infelicísima *Segunda enseñanza* (así, en globo) es una página deplorable

de la historia de nuestra inconcebible incuria por lo que mira á la vitalísima cuestión de la enseñanza secundaria.

Andamos harto ocupados aquí en otras cosas mucho más importantes que esas miserias, para que nadie vaya á tomarse la molestia de *agitar* la opinión en demanda de una reforma que en otros países se considera como de urgentísima necesidad. En Inglaterra mismo, en el país clásico del griego, ha repercutido con formidable estruendo la bomba lanzada por el emperador Guillermo en medio de los gimnasios clásicos; y en una reunión celebrada recientemente por los profesores de Eton, Charterhouse, Harrow, Worcester, Rugby, y otros establecimientos de no menos nombradía, se acordó modificar los programas aligerándolos de griego y haciéndolos más prácticos: una verdadera revolución. Pero aquí ¿quién se mueve? Seguiremos como hasta ahora: saldrán de nuestros Institutos millares de muchachos bachilleres, inútiles para cualquier ocupación, llena la cabeza de las más borrosas é incoherentes reminiscencias, y creeremos haber llenado nuestra misión y ser un gran país cifrando nuestras esperanzas en el *gordo*, que habrá de caer sin falta este año, comentando entretanto los mil interesantísimos casos ocurridos en el último sorteo de Navidad.

Un país en el cual hay poblaciones que juegan 800,000 duros en una sola rifa, no puede tomarse el menor interés por artículos que revelen un estado de cosas tan desconsolador como el afligido trabajo de *El Imparcial* á que hago referencia. Ello es que si el insigne humorista inglés Sir Tomás Carlyle pudo decir, en una conferencia pública dada en Londres, que en la Gran Bretaña había 30 millones de habitantes *mostly fools*, ¿qué no podría decir en otra conferencia cualquier Carlyle español, si lo tuviéramos?

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



CUENTO FANTÁSTICO

I

HRASE que se era un rico y avaricioso labriego llamado Pascual, el cual, dominado por la más sórdida avaricia, afanábase en amontonar oro y más oro, despellejando con su odiosa usura á los infelices que solicitaban de él algún favor. Recelando de que más ó menos tarde podía ser robado, pasábase las noches en claro vigilando sus arcas, poniéndolas de esta suerte al abrigo de cualquier sorpresa inesperada y que á todo trance se había propuesto evitar.

Un día, después de un largo y detenido paseo por sus campos y dehesas, se persuadió de que no eran suficientes sus continuados afanes para ponerlos en buen estado, sino que le era preciso procurarse un mozo de labranza, sin cuyo auxilio nada podría adelantar. Sin embargo, el gran problema estribaba en dar con el hombre apetecido. Buscarlo en el mismo pueblo era insigne temeridad, pues dada su mala fama, por tentadoras que fuesen las condiciones que ofreciese, ni nadie iba á creer en ella, ni nadie iba á resolverse á ir con él.

Ocurriósele, pues, buscar el deseado mozo en alguna de las granjas vecinas, y, montado en su flaco rocinante, salió una mañana de mayo en busca del hombre apetecido. Cuando llevaba andadas algunas leguas, echó pie á tierra, y, afianzando el cabestro de su cabalgadura en el barrote de la ventana de una hostería, presentóse á ella, manifestando sin ambages ni rodeos el motivo que le traía allí.

Oyóle con indiferente desdén el posadero, el cual, después de haber permanecido reflexivo y preocupado unos momentos,

—Haré para complaceros,—contestó.

—Os quedaré muy obligado,—afirmó Pascual.

—Precisamente tengo en la hostería un chico atlético, forzudo y robusto como el que más: capaz es él de derribar una catedral de un empujón. ¿Os convendría?

—¡Ya lo creo! Y ¿por dónde anda vuestro hombre?

—Por ahí debe andar. ¿Queréis verlo?

—Sin pérdida de tiempo.

—¡Gaspar!—gritó entonces el posadero, presentándose á los pocos instantes un mocetón de colosal figura, medio dormido y desperezándose con gran indolencia.

Pascual le dirigió una mirada escrutadora, preguntándole luego:

—¿Quieres venirte conmigo?

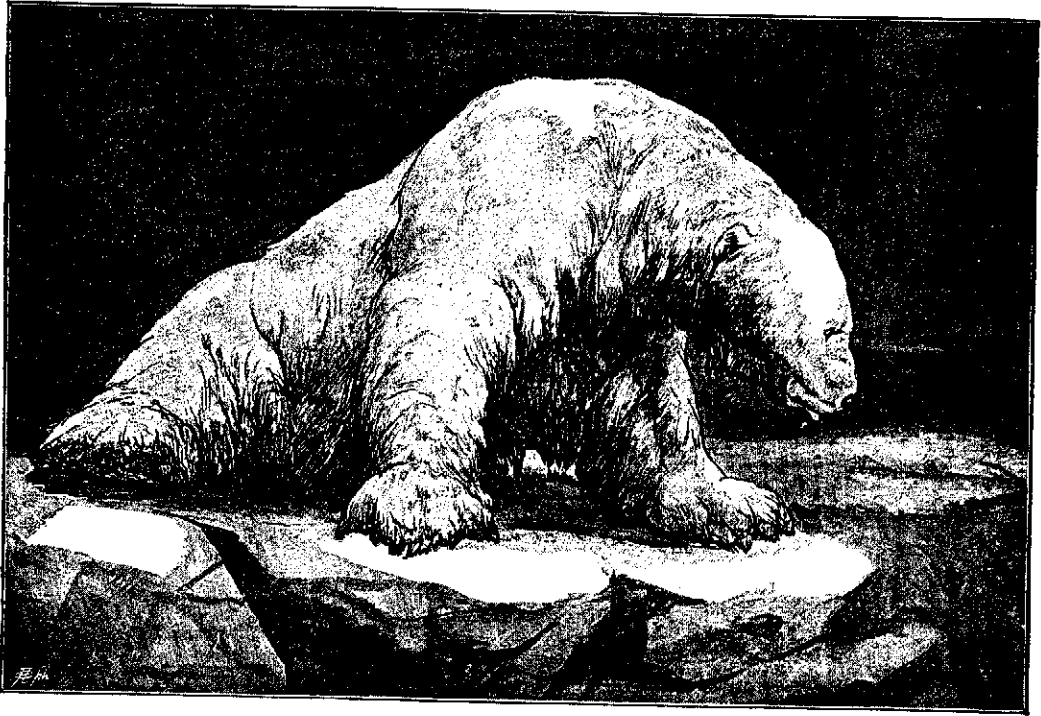
—¿Dónde?—preguntó el interpelado.

—A mi casa: serás mozo de labranza y cuidarás de todos mis campos y cortijos.

—Según sean las condiciones,—contestó desdeñosamente Gaspar.

—Las que tú quieras.

—Lo que yo quiero es lo que vais á oír. Nada de salario ni de gratificacio-



Cso blanco

nes: como primera condición quiero buenos tragos y mejor mesa; como trato indispensable, el que me permitáis tiraros de la nariz al año de haber entrado en vuestra casa.

—¡Insolente!—gritó Pascual, lleno de coraje.

Gaspar se encogió de hombros, y con gran cinismo le contestó:

—Si no os conviene buscad á otro, que yo me pasaré sin vos.

Contrariado y dándose á Belcebú, regresó Pascual á su granja, repitiendo al siguiente día su excursión en busca del deseado mozo; pero sus gestiones le resultaron inútiles: al término de ellas sólo daba con Gaspar, inflexible en el programa que de buenas á primeras le había presentado. Al fin, viendo que sus campos andaban de mal en peor y que á falta de braceros tenía que renunciar á mejores cosechas, transigió con aquel atolondrado rústico, resignándose á aceptar sus estrafalarias exigencias.—Un tirón de nariz de manos de ese bár-

baro deberá ser cosa horrible,—pensó.—Sin embargo, de aquí á un año ya haré para deshacerme de él.

Gaspar resultó un mozo excelente. Infatigable para los trabajos más rudos, no se daba punto de reposo para cumplir debidamente su obligación. Ni los hielos del invierno, ni los rigores caniculares del verano, ni las fatigas de la trilla y de la recolección, conseguían rendirle ni fatigarle: al contrario, cada día mostrábase más dispuesto á cumplir con sus deberes, cada día descubría Pascual nuevas y meritorias circunstancias en él. Lo que sólo affigía al codicioso labriego era la idea del tremendo tirón de nariz que le esperaba. Con sus manazas de hierro, capaz era de arrancársela á la primera caricia. ¿Cómo evitar tal desastre? ¿Cómo sustraerse á tan dolorosa acción? Pascual reflexionó detenidamente sobre el particular, y, pocos días antes de cumplirse el temido plazo,

—Gaspar,—le dijo una mañana con gran afectuosidad;—es preciso que sin pérdida de tiempo vayas al prado de la Encina y procures reunir un rebaño de carneros que ayer se me dispersó. Cuando los hayas reunido te vienes con ellos y los encierras en el corral.

—Está bien,—contestó Gaspar. Y, sin esperar nueva orden, fué en busca del rebaño, internándose por lejanos bosques, guaridas de ladrones y gentes de mal vivir.

Llegado que hubo al prado de la Encina, buscó afanoso los dispersos carneros, sin que uno solo lograra descubrir. Sin embargo, apenas había empezado su ojeo, salióle al paso una manada de lobos que en actitud nada tranquilizadora se extendió en torno de él.

—¡Conque eran éstos los carneros que debía de reunir!—exclamó entre sí Gaspar.—Verás cómo te resulta la chanza.

Y, enarbolando á lo alto su chibata, con tal fiereza arremetió contra sus inesperados huéspedes, que en un santiamén los dejó más mansos que inofensivos corderos, consiguiendo reunirlos como un rebaño y marchando en pos de ellos hacia la granja.

Llegado que hubo á ella, encerróles en el corral, presentándose luego tranquilo é indiferente á su amo.

—El ganado está ya en casa,—dijo con gran sequedad.

Pascual abrió desmesuradamente los ojos, fué hacia el corral, y, al percibir el rumor de los lobos acorralados, un temblor convulsivo le hizo estremecer. Haciendo, sin embargo, un esfuerzo supremo, y aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, con tono placentero,

—Eres un excelente muchacho,—exclamó.—Tu valor me halaga en extremo, bien que te prometo no ponerlo nuevamente á prueba. Mañana á primera hora irás al paseo del Lago y recogerás mi caballo, que ha quedado por aquellos campos en libertad.

—Se hará como deseáis,—contestó Gaspar algo receloso, bien que sin oponer reparo alguno á la orden que se le acababa de comunicar.

Al contrario, apenas amaneció el siguiente día, fué al paseo del Lago, no menos distante de la granja que el campo de la Encina. Como el día anterior, reconoció detenidamente el terreno, sin que encontrara en él caballo alguno. Lo que sí le sorprendió fué un colosal oso blanco, cuya descomunal y abierta boca semejaba la negra garganta de profundo abismo. Ante aquella inesperada aparición, Gaspar vaciló unos momentos; pero, adivinando que no



El tigre y el naja

había tiempo que perder, echó un lazo á la garganta de la fiera y, sujetándolo con briosa fuerza, de un salto montó sobre él, obligándole á encaminarse camino de la granja á fin de encerrarlo junto con la manada de lobos en el corral.

Cuando Pascual vió llegar al joven cabalgando encima de la espantosa fiera, una palidez mortal cubrió su tostado semblante, agitándole convulsivo temblor. Sin embargo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para disimular su emoción, tendió afectuosamente su mano á Gaspar, diciéndole con gran bondad:

—¡Bravo! Cada día estoy más contento de ti. Para darte una prueba de mi confianza, voy á hacerte un tercer y último encargo, menos penoso, pero mucho más delicado de cuantos has llevado á efecto. Al otro lado del bosque, y á lo alto de la montaña Negra, en una pequeña choza, vive un pobre hombre que



GIMNÁSTICA AL NATURAL



Un Tritón y una Nereida
parecen esos dos niños,
que desde temprano empiezan
á practicar el oficio
de pescador, que los suyos
ejercen de padres á hijos,
sin miedo á las tempestades
ni á la maldad del abismo.

A.

LOS PESCADORES

me adeuda algunos cuartos. Conque mañana te presentas á él, y en mi nombre saldáis la cuenta, acabando de una vez con lo que ya parece cuento de nunca acabar. A precaución puedes llevar un saco para guardar en él los cuartos que te dé.

Gaspar no contestó, pero al otro día, provisto de un gran saco, encaminóse al bosque convenido, dando con una montaña, silenciosa, triste, desierta y sembrada de oscuros abetos. La soledad era tan grande, tan tétrica la perspectiva, que no era posible avanzar por aquellos senderos sin sentirse dominado por un sentimiento de terror. Gaspar se detuvo un instante antes de avanzar, miró por doquier buscando la choza indicada, y, como no descubriese indicio alguno de ella, con su chibata empezó á golpear de recio las rocas de su derredor.

De pronto una voz cavernosa, que parecía partir del corazón de la montaña, —¡Quién va!—gritó.—¡Quién osa llegar hasta mí, desdeñando miserablemente su vida?

—Soy yo,—gritó á su vez Gaspar;—soy Gaspar, el mozo de Pascual, que vengo en su nombre á cobrar el dinero que le debéis á él.

—¡Yo no debo dinero á nadie!—rugió la misteriosa voz.

Una sospecha terrible cruzó entonces por la mente del joven. ¿Le habría mandado allí su amo para deshacerse de él? Si era así, cara iba á costarle la broma. Con ánimo, pues, de hacer un severo escarmiento, se retiraba Gaspar, cuando un monstruoso gigantón le salió á su presencia.

—¿Qué buscas?—le dijo con asperza.

—Os lo he dicho ya,—contestó Gaspar sin inmutarse;—vengo á cobrar unos cuartos que le debéis á Pascual.

—¿Unos cuartos? ¡No son malos los que vas á llevar!—Y, agarrando al chico por los cabellos, levantóle á lo alto con ánimo de despeñarlo desde la altura en que se hallaban. Sin embargo, Gaspar no perdió su serenidad: al encontrarse á la altura del gigante agarróle por el cuello, ciñendo su garganta con sus manos, que parecían tenazas de hierro. Entablóse entonces una lucha terrible y desesperada entre los dos. Después de desesperados esfuerzos, Gaspar consiguió derribar al monstruo, metiéndolo cuidadosamente en el saco, y, cargando con él á cuestas, se encaminó resuelto á la granja.

En tanto, Pascual, subido á la azotea de su casa, con el auxilio de un catalejo iba reconociendo el bosque donde suponía debía hallarse Gaspar.

—¿Qué habrá sido de él?—se preguntaba.—Es cierto que le debía grandes favores, pero la deuda pendiente me aterraba. ¡Tirarme de las narices con sus manazas de hierro! ¡Fué ocurrencia la del infeliz!

De pronto apercibióse de Gaspar, que con su saco á cuestas marchaba hacia su casa.

—¡Qué es esto!—murmuró entonces, lleno de terror.—¡Capaz es de traerse el monstruo como se trajo los lobos y el oso! ¡Sería horrible! ¡Quién iba á creer en este muchacho tanta audacia y valor!—Y temblando, lleno de espanto, arrojóse por la escalera de su casa, escapó por los campos inmediatos,

y, á fin de sustraerse á las iras de Gaspar y del gigante, abandonó bienes, fortuna, riquezas, cuanto había amado, lo que tantos sacrificios le había costado reunir.

Gaspar, adivinando las astucias de su amo, apresuróse á franquear las puertas del corral á los recludos animales, desató el saco y devolvió la libertad al gigante; y, siendo luego la campana de la granja, agitóla con todas sus fuerzas, reuniendo de esta suerte á todos los colonos y tributarios del avaricioso Pascual.

—Compañeros,—les dijo en cuanto les hubo reunido;—Pascual acaba de ser víctima de su codicia: conque bien podéis heredarle, ya que no es fácil que vuelva á aparecer por aquí. Yo renuncio á la parte que podría corresponderme: ofrecí servirle sin percibir un céntimo y cumplo mi palabra. Sed felices y quedad con Dios.

Y, sin añadir palabra, el valeroso muchacho partió.

BENJAMÍN

(Se concluirá)

VARIEDADES

EL DESIERTO DE SAHARA

ENTRE el corto número de viajeros europeos que se han atrevido á arriesgarse por entre sus espantosas soledades, figura un valiente doctor escocés llamado Murrey.

Según éste, el verdadero desierto tiene una extensión de tres millones y medio de millas cuadradas, y, á pesar de que en él llueve mucho y con frecuencia, la evaporación excede siempre de mucho á la cantidad de agua producida por la lluvia. Reinan en aquella inmensa extensión de tierra todas las temperaturas, desde los 50° C., durante el día, á la de cero ó congelación en la noche.

Los vientos dominantes soplan en verano hacia el interior del desierto, y hacia el exterior durante la estación invernal. Yendo al Sahara desde la Argelia, se observa que, hasta la ciudad de Tougowrt, todo el país no es más que un florido jardín debido á la existencia de pozos artesianos. En aquella población es donde empieza el verdadero desierto. El polvo rojizo de cuarzo que le caracteriza es idéntico al que la expedición científica del *Challenger* sacó del fondo del Atlántico en la costa noroeste del continente africano, no cabiendo la menor duda de que ha sido depositado allí por los vientos que, procedentes del desierto, soplan en aquella dirección.

En cuanto á las rocas del desierto de Sahara, queda perfectamente probado que son de formación neptuniana y muy recientes, puesto que pertenecen á la época cuaternaria.

ESTATURAS DEL HOMBRE

La talla de los hombres más altos es la de los *patagones*, que llega á 1'781 metros.

Las estaturas de los hombres más bajos son las de los estados *Mincopes*, *Samanga* y los *Boschimanos*, que respectivamente son de 1'400 hasta 1'445 metros.

UN RELOJ MARAVILLOSO

Un relojero alemán, llamado Félix Mayer, ha expuesto en Nueva-York un reloj bautizado por su constructor con el nombre de *Reloj astronómico nacional americano*.

Pesa 40 quintales, tiene 10 pies de altura y 8 de ancho, é indica, además del tiempo de Nueva York, el de trece ciudades principales, como Washington, San Francisco, Pekín, Constantinopla, San Petersburgo, Londres, Berlín, París, Roma, Viena, Madrid, Buda-Pesth y Lisboa.

Marca el curso de los planetas en los años comunes y en los bisiestos, y, apenas llega la hora, empieza á oírse una pieza musical.

Acto continuo se levanta de una silla la figura de Washington, que constituye el principal adorno del reloj.

Después, otra figurilla, que representa un lacayo, abre una puerta por la cual van saliendo las figuras de los presidentes que hasta ahora han gobernado los Estados Unidos de América.

Todos ellos desfilan por delante de Washington, le saludan respetuosamente y se retiran por otra puerta, que abre otro lacayo, y entonces Washington vuelve á sentarse.

Las horas están representadas por un esqueleto, los tres cuartos por un hombre en el vigor de la edad, las medias horas por un joven, y los cuartos por un niño.

Por este reloj, muy superior al de Strasburgo, ha ofrecido una iglesia de Boston la friolera de 45,000 duros.

CURIOSIDAD

Un hombre andando día y noche, sin descansar, necesita 428 días para dar la vuelta al mundo; un tren expreso, 40 días; el sonido, á una temperatura media, 32 horas y media; una bala de cañón, 21 horas y tres cuartos; la luz, poco más de un décimo de segundo; y la electricidad, pasando por un hilo de cobre, poco menos de una décima parte de segundo.

JUAN GUAU Y DURÁN



Doncellita de la época del Directorio



NUESTROS GRABADOS

ENTRE MAMÁ Y LA ABUELITA

Entre mamá y la abuelita, vence, como es natural, la mamá, siendo para ella las más cariñosas demostraciones de afecto de la linda chiquitina. El grupo no puede ser más encantador.

OSO BLANCO

Buen oso ese del grabado. En cuanto á la *biografía*, remitimos al lector á la *Historia Natural* del Sr. Roig y Monteverde, en la que se habla del particular.

EL TIGRE Y EL NAJA

Tal para cual. Buenas garras y formidables colmillos tiene el tigre, pero, en cambio, el naja mata con su veneno en menos que canta un gallo. Es de suponer que el tigre se decidirá por apelar á la honrosa estratagema de la fuga.

GINNÁSTICA AL NATURAL

Revela esa arrapieza las más felices disposiciones ginnásticas, no siéndole menester barras, trapecios ni paralelas para que sus biceps y sus pantorrillas adquieran saludable vigor. Siempre hemos creído que no háy mejor ginnástica que esa mientras no se llega á los quince ó diez y seis años.

DONCELLITA DE LA ÉPOCA DEL DIRECTORIO

Aquellos años del 1794 y siguientes fueron la edad de oro de las elegancias, en prueba de lo cual vemos hoy á las modistas de ambos sexos resucitar aquellos trajes y aquellos sombrerozcos. Y no cabe duda en que son muy agradables.



CUENTOS RUSOS

(Continuación)

Así diciendo, señalaba una puerta que el príncipe había visto constantemente cerrada. Como esta circunstancia picaba su curiosidad, no bien hubo partido su hermana, fué á abrir el misterioso aposento, admirándose en extremo de ver allí atado con doce cadenas á Koshchei el Inmortal, que le dijo con triste acento:

— ¡Ten lástima de mí: dame de beber! ¡Hace diez días que estoy sufriendo el martirio de la sed y del hambre y tengo la garganta seca!

Compadecido el príncipe, dióle una jarra de agua. Koshchei la apuró de un trago y pidió más, diciendo:

— Una jarra no basta para apagar la sed que me devora: dame otra.

Iván se la dió, y otra después á sus ruegos. Cuando el monstruo hubo apurado las tres jarras, recobró todas sus fuerzas y rompió las cadenas que le sujetaban, exclamando:

— Gracias, príncipe Iván. Ahora yo te abono que antes has de ver tus propias orejas que á María Morewna.

Dicho esto, salió por la ventana en forma de huracán, y, encontrando en su camino á la hermosa María, la arrebató por los aires, llevándola consigo. El príncipe se echó á llorar amargamente, deplorando su acción, y dijo para sí:

— Suceda lo que quiera, he de ir en busca de María.

Dos días llevaba ya de camino, cuando al despuntar el tercero vió Iván un magnífico palacio, al lado del cual se elevaba un corpulento roble, en cuya copa vió un halcón de brillante plumaje, que al divisar á Iván bajó volando al suelo, convirtiéndose en un hermoso mancebo.

— ¡Hola, cuñado! — le dijo. — ¿Cómo te van los asuntos?

En aquel mismo instante salió la princesa María, dando muy cariñosamente la bienvenida á su hermano. Éste permaneció tres días con ellos, diciéndoles después:

— No puedo quedarme ya más tiempo con vosotros, porque he de ir en busca de mi esposa la princesa María.

— Se me hace bastante difícil que puedas encontrarla, — respondió el halcón; — pero si tienes empeño en ello, parte y déjanos como recuerdo tu cuchara de plata.

Dióselo el príncipe sin hacerse de rogar, y volvió á emprender la marcha. Al despuntar el alba al tercer día, divisó un palacio más grandioso aún que el anterior y cerca del cual se alzaba un roble, en cuya copa descansaba un águila. En cuanto vió al príncipe, bajó del árbol, y, trasformándose en un guapo mozo, dijo:

—Levántate, princesa Olga, que aquí viene nuestro querido hermano.

Acudió presurosa la princesa, abrazando á su hermano con mucho afecto. Tres días estuvo Iván en su palacio, y, una vez trascurridos, les dijo:

—He de partir en busca de mi esposa la princesa María.

—Dificil te será encontrarla,—repuso el águila;—pero si de todas suertes quieres irte, déjanos como recuerdo tu tenedor de plata.

Iván dejó el tenedor y continuó su marcha por espacio de dos días. Al despuntar el tercero, vió otro palacio más grandioso aún que los anteriores, y junto á él un roble en cuya copa reposaba un cuervo. Al ver á Iván precipitóse el ave al suelo, convirtiéndose en un gallardo joven, y dijo:

—Princesa Ana, ven corriendo, que está aquí nuestro hermano.

La princesa recibió á Iván con vivos trasportes de gozo, abrazándole y besándole con gran cariño.

Cuando hubo permanecido tres días en este palacio, despidióse Iván de Ana y de su marido, diciéndoles que debía partir en busca de su esposa la princesa María Morewna.

—Dificil será que la encuentres,—replicó el cuervo;—pero si estás resuelto déjanos tu tabaquera de plata como recuerdo.

Dejó el príncipe su tabaquera y prosiguió el viaje. Al tercer día llegó al lugar donde estaba María Morewna, la cual al verle le estrechó en sus brazos y, prorrumpiendo en sollozos, exclamó:

—¡Oh, Iván! ¿Por qué me desobedeciste, entrando en aquel aposento y permitiendo que se escapase Koshchei el Inmortal?

—Perdóname y olvida mi desobediencia, María,—respondió el príncipe.—Huyamos mientras él no puede vernos, y quizá de este modo no pueda ya alcanzarnos.

Accedió María y huyeron entrambos, en tanto que Koshchei estaba cazando. A la caída de la tarde regresaba de la caza, cuando su buen caballo tropezó de repente.

—¿Por qué tropiezas, mal rocín?—gritó Koshchei.—¿Olfateas por ventura algo malo?

—Sí,—contestó el corcel;—el príncipe Iván ha venido y se ha llevado á María Morewna.

—¿Será posible cogerlos?

—Se puede sembrar trigo, esperar á que crezca, segarlo, molerlo para convertirlo en harina, hacer cinco tortas y comérselas; después de lo cual aun quedará tiempo de alcanzarlos si emprendemos su persecución.

Koshchei puso su caballo al galope, y muy pronto alcanzó al príncipe Iván.

(Se continuará)